

Para dar mas autoridad á las medidas de gobierno, mandaron reunir y funcionar los consejos y tribunales, bien que no hubieran quedado sino los enfermos y algunos otros que por falta de carruage ú otras causas no habian podido seguir á la reina <sup>(1)</sup>. Hicieron timbrar papel con el sello y nombre de Carlos III., y en él comenzaron á circular provisiones y ordenanzas; mas los pueblos en vez de cumplirlas las enviaban originales á su legítimo rey, y se negaron á recibir el papel sellado que se les distribuía. La ciudad de Toledo fué una de las que mas pronto prestaron obe-

de fúnebre en alegre, y de silencio en grita, que duró lo que tardaron en recoger las monedas.»

El mismo escritor pone una relacion nominal de las personas notables que acompañaron el estandarte de la proclamacion, y son entre todas cuarenta y una.—Seman. Erudito, tom. VII. p. 96.

Preguntó el marqués de las Minas al zapatero que llamó para que le calzara, quien era su rey.—«Felipe V., le respondió.—Pues ya no es, dijo el de las Minas, ni debe ser sino Carlos III.—Señor, le replicó, la Bula de la Santa Cruzada que se nos ha dado este año es por Felipe V.; ella nos enseña que le debemos tener por nuestro rey, y así lo haremos todos.» Habiendo ido el de las Minas á Castejon, preguntó al alcalde por quien tenia la vara. La tengo, respondió, por el rey Felipe V.—El marqués se la tomó, y volviendo á entregársela le dijo: Pues ahora la teneis por Carlos III.—Y como se resistiese á tomarla y le preguntara por qué, contestó: Porque he jurado á Fe-

lipo V.—Pues ahora jurais á Carlos III.—De ninguna manera; si Carlos III. hubiera venido antes, y yo le hubiera jurado, tampoco juraria ahora á otro.—No hubo medio de reducirle, y el marqués tuvo que nombrar otro alcalde. Cuéntanse muchas de estas anécdotas que demuestran el espíritu del pueblo.

(1) «La sala de Alcaldes, dice Macanáz, fué la peor, por haberse puesto por presidente un loco sin letras, incapaz mas que de barbaridades (sic).» Pero en el Consejo de Castilla no faltó quien dijera con mucha firmeza de carácter, que todo lo que se hacia era nullo.—Memorias, cap. 53.

Con la reina fueron la princesa de los Ursinos, el conde de Santisteban, el marqués de Castiel-Rodrigo, una azafata, una moza de retrete, el tesorero y el apsentador. Las demas camaristas y damas, ó se refugiaron á los conventos, como muchas señoras de la grandeza, ó se fueron á las casas de sus parientes.—Noticias individuales de los sucesos, etc.

diencia al archiduque, por la circunstancia de residir allí la reina viuda de Carlos II., doña Mariana de Neuburg, naturalmente afecta á un príncipe de su familia. Pero no tardó tampoco aquella ciudad en volver á proclamar á Felipe, á riesgo de que le hubiera costado muy caro, porque la viuda de Carlos II. fué insultada, y presos y maltratados algunos de sus domésticos y servidores. Tambien Segovia volvió pronto á aclamar al rey don Felipe, tomando las armas los fabricantes de paños: y el obispo don Baltasar de Mendoza, partidario del archiduque, porque esperaba ser repuesto en el empleo de inquisidor general de que habia sido privado, tuvo que salir huyendo á Madrid, disfrazado de militar y acompañado de su sobrina la marquesa de San Torcaz. Por cierto que dieron en manos de una partida de caballería del rey Felipe, y ambos fueron llevados prisioneros. Los aliados no dominaban sino en los pueblos que ocupaban militarmente; tan pronto como los evacuaban, ya no se reconocia allí la autoridad de Carlos III.

Felipe dispuso que la reina y los consejos se trasladaran á Burgos para mayor seguridad; y así se verificó, despues de pasar un gran susto producido por una noticia equivocada, á saber, que los enemigos tenían interceptado el puerto de Somosierra, siendo así que quien le ocupaba era el general Amézaga con tropas reales para proteger el paso de la reina. Las falsas noticias que se propalaban y hacian circular de

que todo estaba perdido, de que el rey solo trataba de retirarse á Francia con cautela, y otras semejantes, desalentaron de tal modo á sus partidarios, que los mismos de su ejército le abandonaban, desbandábanse las tropas, y hasta el regimiento de caballería de las Ordenes militares se desertaba para volverse á la corte. Súpolo Felipe en el convento de Sopetran, donde se detuvo unos días: reunió los ministros, grandes y generales, á todos los de la comitiva: les hizo ver la falsedad de las noticias que los tenian alarmados; les aseguró que nunca jamás saldría de España; «*si no me quedára, añadió, mas tierra que la necesaria para poner los piés, allí moriria con la espada en la mano defendiéndola:*» y tales cosas les dijo, y con tanta energía les habló, y tal ánimo supo inspirarles, que todos, grandes, ministros, generales y oficiales, á una voz y con lágrimas en los ojos, le ofrecieron morir en su servicio y no abandonarle nunca. Con esto montó á caballo, revistó las tropas, y las arengó con tal fuego, que los soldados prurupieron en vivas, juraron todos perder la vida en su defensa, y nadie desertó ya mas. Súpose tambien á este tiempo que en los cuatro reinos de Andalucía se habia juntado un poderoso ejército de treinta mil infantes y veinte mil caballos pronto ya á partir en socorro de S. M.: con que el desánimo que antes se advertia en los reales se trocó en animacion y en regocijo. El marqués de las Minas pasó con su ejército á Alcalá (12 de ju-

lio, 1706), y el rey se retiró á Jadraque y Atienza, donde se le juntó la gente de Somosierra, quedando solo un cuerpo para cortar el paso del Guadarama.

Mas no faltaban por otras partes reveses é infortunios. En Valencia, despues que el conde de las Torres levantó el sitio de Játiva y vino á incorporarse á las tropas de Castilla, Basset y Nebot quedaron enseñoreándose de aquel reino, vengándose de los adictos al rey, apoderándose de sus caudales, y reduciendo poblaciones, entre otras la villa de Requena, cuyos habitantes en union con el comandante Betancour, resistieron por espacio de un mes con un valor digno de toda alabanza. Y el general inglés Peterborough, que volvió de Barcelona á Valencia, publicando indultos solemnes á nombre de Carlos III., como dueño ya del pais, y ofreciendo la conservacion de todos sus empleos, grados y honores á los que dejáran el servicio del duque de Anjou (como él decia siempre), hacia vacilar la lealtad de nuestras escasas tropas en aquel reino, y aun arrastró á la defeccion algunos gefes. El marqués de Raphal, que mandaba en la parte de Orihuela, se unió á los rebeldes, é hizo que la ciudad proclamara al archiduque. El conde de Santa Cruz, gobernador de las galeras de España, que se hallaba en Cartagena, y á quien se le dieron 57,000 pesos para el socorro de Oran que se encontraba estrechada por los moros, en lugar de enderezar la proa al Africa

se fué á buscar la armada enemiga mandada por Lake, y con sus galeras proclamó al archiduque. Y no contento con esto el traidor Santa Cruz, indujo al almirante inglés y le proporcionó los medios de apoderarse de la importante plaza de Cartagena. Peligraba Murcia, y era amenazada la fidelísima Alicante, para no tardar en caer ambas bajo el dominio y poder de los enemigos de Felipe (1).

Mas no era esto lo que acontecia de mas adverso. El archiduque, desembarazado del sitio de Barcelona, y sabedor de que su ejército de Portugal venia sobre Madrid, resolvió venir él tambien en persona, con la

(1) Era notable la decision y el ardor con que los pueblos de Valencia y Murcia abrazaban una ú otra causa. Entre las muchas admirables defensas á que esta decision dió lugar, merece mencionarse la de un pequeño lugar de Valencia llamado Bañeres, colocado en una altura no dominada por ninguna otra. Los vecinos de este lugarcito, decididos por Felipe V. dejaban encomendada la guarda del pueblo á sus mugeres é hijos, y ellos salian á correr la tierra, llevándose ganados y trigo, y desafiando el poder de Basset, no obstante estar ya casi todo el reino de Valencia por el archiduque. Cuando supieron que el rey había salido de la córte y que los enemigos la ocupaban, tuvieron ellos su especie de consejo para ver lo que habian de hacer, y de acuerdo con un francés, nombrado Raimundo de Casamayor, fugitivo de Játiva por las tiranías que Basset ejecutaba en los de su nacion, y á quien ellos llamaron para que di-

rigiese su defensa, resolvieron «que aunque toda España se perdiese, Bañeres se mantendria, y que Felipe V. seria siempre rey de Bañeres.» Enfurecido Basset con tan arrogante reto de un pueblo miserable, hizo prender á la muger y suegra del francés Casamayor que estaban en Játiva, y envióle á decir que si no hacia que se rindiera el lugar las ahorcaria. Contestó el francés que él no tenia mas esposa ni mas suegra que el de conservar aquel lugar á su rey Felipe V., y que asi hiciera lo que quisiese, que no faltarian traidores en quienes vengar tal agravio. Basset hizo dar á la una doscientos azotes por las calles de Játiva, y sacar á la otra á la vergüenza, ambas montadas en pollinos, y luego las arrojó de la ciudad, diciendo que si volvian serian ahorcadas. Ellas pasaron á Villena, y Casamayor continuó defendiendo á Bañeres.—Macanaz, Memorias, cap. 53.

confianza de entrar sin obstáculo en la córte. Con este propósito partió de Barcelona el 23 de junio (1706): su ánimo era hacer la jornada por Valencia; mas como en Tarragona recibiese la nueva de haberle aclamado por su rey Zaragoza y todo el reino de Aragon, determinó variar de rumbo y venir por este reino. En efecto el 29 de junio desató la ciudad de Zaragoza los flojos lazos de la obediencia que de mala gana estaba ya prestando al rey Felipe V., proclamó á Carlos III. de Austria, y envió cartas y despachos á todo el reino para que hiciese lo mismo. Los obispos de Huesca y Albarracin se apresuraron á levantar las ciudades y pueblos de sus diócesis: ejecutaron lo propio las comunidades de Calatayud, Daroca, Teruel, Cantavieja, Alcañiz y otras; las milicias se negaron á seguir al conde de Guara, que tuvo que fugarse á media noche de Barbastro por habersele rebelado la ciudad. En fin, todo el reino se alzó en rebelion, sino es Tarazona y Borja, y la plaza de Jaca y castillos de Canfranc y Ainsa, merced al socorro que á instancias del rey les llevó el gobernador francés de Bearne, cruzando con gran trabajo por lo mas áspero de las montañas; y allá acudió tambien el virey nuevamente nombrado de Aragon, don Fr. Antonio de Solís, obispo de Lérida, que andaba como fugitivo por la frontera de Navarra.

El famoso agitador conde de Cifuentes escribió desde Tarragona á los labradores y menestrales de

Zaragoza felicitándoles por su alzamiento <sup>(1)</sup>. Las tropas aliadas y catalanas se adelantaron á entrar en Zaragoza el 4 de julio; y el archiduque, que habiendo partido el 3 de Tarragona, no llegó hasta el 15, fué recibido con grandes regocijos y luminarias. Estuvo, no obstante, dos dias sin salir de palacio, hasta hacer la entrada pública y solemne, que verificó el 18. Empleó los dias siguientes en nombrar justicia mayor, y ministros del consejo de Aragon y de la real Audiencia; hizo publicar un edicto mandando salir de la ciudad y del reino á todos los franceses, al modo que lo habian hecho ya Basset y Nebot en Valencia <sup>(2)</sup>; escribió una afectuosa carta de gracias á los labradores y gremios de las parroquias de San Pablo y la Magdalena; asistió á una corrida de toros con que le

(1) «A los señores labradores (decia este documento) de la imperial ciudad de Zaragoza, y de mas gremios y artesanos de ella, que Dios guarde muchos años.— Señores míos: el suceso del dia 29 del mes pasado de haber proclamado á nuestro rey esa ciudad, y de quedar ocupado el fuerte por la influencia y disposicion de vuestras mercedes y demas amigos, he celebrado con especial júbilo, como tan interesado, asi por las glorias que merece esa ciudad, como por lo que logra S. M., á quien al mismo tiempo que tuvo estas nuevas las puse en su real noticia; y yo lleno de vanidad pasé á ponderar á S. M. la accion tan generosa que han hecho los aragoneses, pues hallándose sin tropas han ejecutado con fina voluntad y glorioso ánimo lo que no hicieron los

catalanes ni valencianos: pues si este Principado se movió, fué en vista de una armada y con la presencia del rey; y si lo ejecutó Valencia fué preciso que pasasen tropas para poderlos cubrir, etc.— Tarragona, 1.º de julio de 1706.— B. L. M. de vuestras mercedes su servidor; *El conde de Cifuentes, Alférez mayor de Castilla.*»

(2) Pero al salir los franceses en cumplimiento del bando, eran muertos ó maltratados por los naturales ó por los soldados del archiduque. Basset y Nebot en Valencia hicieron cosas horribles con algunos. Los desnudaron, los embarcaron atados, y á unos enviaron como en triunfo á Barcelona, y á otros hundieron en el mar, dándoles barro al barco en que los llevaban.

obsequió la ciudad, y á una gran mascarada con que le festejó la cofradía de San Jorge; dió el grado de capitanes á todos los mayordomos de los gremios; formó una junta para el secuestro y administracion de las rentas de los eclesiásticos que seguian el partido del rey, y sin jurar sus fueros á los aragoneses, ni estos reclamarlos, partió de Zaragoza (24 de julio, 1706,) en direccion de la córte y á reunirse á su ejército de Castilla.

Abiertas comunicaciones y pudiendo ponerse en combinacion los tres ejércitos enemigos, el del archiduque que venia de Zaragoza, el de Valencia mandado por Peterborough, nombrado ya embajador de Inglaterra, y el del marqués de las Minas que habia estado en Madrid, y ocupaba á Alcalá y sus inmediaciones, y avanzaba á Guadalajara y Jadraque á recibir é incorporarse á su rey (28 de julio), parecia no podia ser mas crítica la situacion de Felipe V. detenido en Atienza hasta que se le juntaran las tropas francesas que le enviaba Luis XIV. su abuelo. Llegaron éstas al fin tan oportunamente, que poniéndose al punto en movimiento formó su campo el dia mismo que el de las Minas entró en Jadraque <sup>(1)</sup>. De alli salieron los generales aliados á reconocer nuestro cam-

(1) «Aqui perdí parte de mi ropa, dice Macaná, porque el dia que entraron los enemigos (en Jadraque) no tuve tiempo de retirarla, pues estando comiendo cuando sus partidas entraron en la villa, harto hizo cada uno de tomar su caballo y retirarse.— Memorias, cap. 56.

pamento desde una colina; el general portugués fué de opinion de que debia darse la batalla, porque creyó que las muchas tiendas que se veian eran engaño y artificio: el inglés Galloway fué de sentir que no solo no debia intentarse, sino discurrir la manera de salvar el ejército. Y prevaleciendo su dictámen, asi lo ejecutaron, emprendiendo la retirada por la noche, sin tocar tambor ni trompeta. Las llamas de las casas que iban incendiando fueron las que avisaron á nuestros reales la marcha y direccion de los enemigos, en la cual se los fué persiguiendo por la ribera del Henares, picando siempre su retaguardia, matándoles alguna gente, mezclándose á veces las tiendas, y obligándolos á pasar el rio, hasta Guadalajara donde hicieron alto.

Determinóse entonces dar un golpe de mano atrevido sobre la córte, el dia mismo que se creia habia de entrar en ella el archiduque: y destacándose á los generales marqués de Legal y don Antonio del Valle con un cuerpo de caballería, cruzaron éstos el rio, y por las alturas de San Torcaz cayeron antes de amanecer sobre Alcalá, sorprendieron y cogieron á algunos que iban de la córte á besar la mano al archiduque, é interceptaron un gran convoy de provisiones. Allí se les incorporaron el marqués de Mejorada, secretario del despacho universal, que iba con pliegos del rey para la villa de Madrid, don Lorenzo Mateo de Villamayor, alcalde de casa y córte y don Alonso

Perez de Narvaez, conde de Jorosa, nombrado corregidor de Madrid en reemplazo del marqués de Fuente-Pelayo. Y saliendo todos de Alcalá, enviaron delante un correo acompañado de dos guardias de corps, con carta para el procurador general de Madrid, en que se le prevenia que para las cuatro de la tarde tuviera reunido el ayuntamiento, para darle cuenta de un despacho del rey. El correo y los guardias entraron en Madrid al medio dia (4 de agosto, 1706); el pueblo los conoció y comenzó á gritar: *¡Viva Felipe V!* Al alboroto que siguió á este grito montó á caballo el conde de las Amayuelas que mandaba en Madrid por el archiduque, y con los miqueletes catalanes, aragoneses y valencianos que tenia á sus órdenes acometió é hizo fuego al pueblo, el cual enfurecido sostenia con valor la refriega. Batiéndose estaban pueblo y miqueletes cuando llegaron Legal y Valle con sus escuadrones: ni una sola persona encontraron desde la puerta de Alcalá hasta el Buen Suceso. Allí habia ya gente: al ver tropas del rey, por todas las calles resonaron las voces de: *¡Viva Felipe V!* *¡mueran los traidores!* Y el pueblo se apiñaba en derredor de la tropa, de modo que con mucho trabajo pudieron los escuadrones avanzar hasta la calle de Santiago, donde recibieron una descarga de los miqueletes, en tanto que por la parte de la casa de la villa se dejó ver el conde de las Amayuelas con gran plumero blanco en el sombrero. Dividiéndose entonces los escuadrones, soldados y

pueblo arremetieron por todas partes con tal furia, que, aunque á costa de alguna pérdida, lograron encerrar en palacio al de las Amayuelas y sus miqueletes, y desde allí continuaron haciendo fuego; pero sitiados, y no muy provistos de municiones, tuvieron al fin que capitular y rendirse, poniéndose á merced del rey <sup>(1)</sup>.

Dueñas otra vez de Madrid las tropas reales, tratóse de si habria de aclamarse de nuevo al rey, pero el mismo Felipe avisó que no se hiciese, puesto que Madrid no habia faltado nunca á su obediencia y fidelidad, y solo por la fuerza se habia sujetado al enemigo. Acordóse entonces *desaclamar*, por decirlo así, al archiduque. Al efecto se levantó un estrado en la Plaza Mayor, y saliendo de las casas de la villa el corregidor y ayuntamiento con gran comitiva, y llevando á la rastra el pendon que se habia alzado para

(1) Hubo en esta entrada de parte del pueblo los excesos que casi siempre se cometen en tales casos. Fueron saqueadas las casas del Patriarca, del conde de San Pedro, y de otros que habian sido desleales. El Patriarca, el obispo de Barcelona y los condes de Lemus habian sido cogidos por las tropas yendo camino de Alcalá á recibir al archiduque, el cual creian que estaba ya en Alcalá, y que iba á entrar aquel dia en Madrid. A algunos de estos se envió fuera del reino, y á otros se los destinó al castillo de Pamplona. Allí fueron conducidos tambien el conde de las Amayuelas y su subalterno fray Francisco Sanchez,

religioso de San Francisco de Paula, hombre revoltoso, que ya habia sido otra vez preso por haber intentado rebelar á Granada.—El conde de San Juan, portugués, que se hallaba en Villaverde con un fuerte destacamento de caballería, noticioso del suceso de Madrid, huyó hacia Portugal por caminos extraviados, pero en los pueblos de Castilla y Extremadura, así que conocian que eran portugueses é ingleses, en todas partes los recibían á tiros, hasta que fueron acabando con casi todo el destacamento, y por último á él mismo le cogieron herido. Este era el espíritu de los pueblos en las provincias del interior de España.

su proclamacion, y enrollado un retrato del archiduque con el acta original del juramento, se hizo la ceremonia de quemar solemnemente el estandarte, retrato y acta, declarando intruso y tirano al archiduque Carlos de Austria, con grande alegría del pueblo que concurrió á esta funcion <sup>(1)</sup>. Quemóse igualmente todo el papel timbrado con su nombre, se inutilizaron los sellos, y se declaró nulo y de ningun valor todo lo actuado á nombre de Carlos III. Los pocos que se habian comprometido por el rey intruso andaban desparvoridos y se ocultaban donde podian: el pueblo pedia castigos; el alcalde de casa y corte don Lorenzo Mateo logró prender algunos; solo dos, un escribano y un maestro armero llamado por apodo Caraquemada, fueron ahorcados por las infamias que habian hecho; á los demas se los envió al castillo de Pamplona, casi sin formacion de causa, y allí estuvieron muchos años, al cabo de los cuales hubo que ponerlos en libertad, por no resultar nada escrito contra ellos <sup>(2)</sup>.

Habia en este tiempo llegado el archiduque á Guadalajara, donde ademas del ejército aliado le esperaban el conde de Oropesa, el de Haro, el de Gal-

(1) El rey don Felipe desaprobó y sintió mucho lo de la quema del retrato, pero fué una exigencia del pueblo á que no se creyó prudente resistir.

(2) Memorias de los prisioneros que entraron en el castillo de Pamplona de orden de S. M. el rey N. S. que fueron conducidos

desde Madrid y el campo donde se hallaba S. M. y son los siguientes (sigue la relacion nominal).—MS. de la Real Academia de la Historia: Papeles de Jesuitas.—Otra relacion se halla impresa en el tomo VIII. del Semanario Erudito, juntamente con la de todos los que se prendieron el 4 de agosto.

vez, el de Tendilla, el de Villafranqueza, el de Sástago, el del Casal, y otros grandes y títulos, castellanos, catalanes, valencianos y aragoneses de su partido. Mas luego que reconoció desde las alturas del Henares el campo del rey don Felipe, y supo la ocupacion de Madrid, comprendió que no era tan fácil y llano el éxito de su empresa como él se habia imaginado, y como á su llegada lo habia escrito á los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia. Antes bien, como viese á los nuestros en tren de no esquivar la batalla, tomó el acuerdo de levantar el campo de noche y con gran sigilio (14 de agosto), y encaminándose por la vega del Tajuña, con intento, á lo que se dijo, de quemar á Toledo en castigo de haber aclamado de nuevo al rey don Felipe, y sacar de allí á la ayuda de Carlos II., tan adicta al príncipe de Austria como aborrecida y expuesta á los ultrages del pueblo toledano, acampó entre el Tajo y el Jarama. Moviéronse tambien los nuestros y por Alcalá y San Martin de la Vega fueron á poner los reales en Cienpuzuelos (15 de agosto), estendiendo la derecha á Aranjuez, donde ya habian acudido seis mil hombres de las milicias de la Mancha con el marqués de Santa Cruz á su cabeza, á tiempo que en Toledo se juntaban otros diez mil; que de esta manera brotaba hombres el suelo castellano para defender á Felipe de Borbon.

A sacar de Toledo la reina viuda, y quitar de allí aquella especie de bandera viva de la casa de Aus-

tria, envió el rey desde Cienpuzuelos al duque de Osuna con doscientos guardias de corps. Trabajo le costó al de Osuna librar á aquella señora del furor de los toledanos, enconados contra ella por los actos de sórdida codicia con que antes y despues de la muerte de su marido, ella y los suyos, en la córte y en aquella ciudad se habian señalado. Llevaba orden el de Osuna de sacarla del reino y acompañarla hasta Bayona, y asi lo ejecutó, bien que no pasó por pueblo grande ni pequeño en que la viuda del último rey no fuera insultada y escarnecida, hasta arrojarle piedras y amenazarla con palos: que de esta manera salió aquella reina de un pais en que desde el principio no hizo méritos para ser bien recibida.

Veíase el ejército del archiduque apurado de mantenimientos, como que el pais no los suministraba sino por fuerza, y de tan mala gana como de buena voluntad los facilitaba á las tropas del rey. Los convoyes eran interceptados y cogidos por la multitud de partidas de tropa, de milicias y de paisanos, que los asaltaban al paso de los puentes y de los rios, y corrían incesantemente la tierra, y les acosaban sin tregua, llegando muchas veces á las mismas líneas y tiendas de los reales, haciendo prisioneros á centenares y matando soldados y espías, y cortando las comunicaciones y haciendo toda clase de daños. Y si bien acudió á reforzar al archiduque un considerable cuerpo de valencianos, que de paso se apoderaron de